

# «El obrero», intento de aproximación a la mentalidad de un grupo pequeño-burgués periférico

POR

MARIA TERESA PEREZ PICAZO

## INTRODUCCION

La importancia de la prensa como fuente histórica es un hecho sobradamente admitido. De ahí el interés que presenta su análisis, puesto que coopera eficazmente al mejor conocimiento de las diversas ideologías e, incluso, de las mentalidades sociales. Pero ello exige un fuerte espíritu crítico y el empleo de una metodología correcta. En este sentido, es preciso citar, junto a las obras clásicas de Kayser (1), las más recientes de Lemaire (2), Mouillard (3) y, sobre todo, de Tudesq (4), que constituyen un sólido punto de apoyo para cualquier investigación sobre el tema.

En nuestro caso, se trata de «El Obrero», semanario publicado en Lorca entre 1901 y 1905. Su título se presta a algún equívoco, así como la máxima que lo encabeza —«Todos para uno y uno para todos»—, pues parece referirse a una publicación del movimiento obrero. En realidad, como veremos, constituye un periódico de filiación

---

(1) KAYSER, J., «L'Historien et la presse», *Revue historique*, t. CCXVIII, 1957, páginas 284-309; *Le Quotidien française*, París, 1963.

(2) LEMAIRE, R., «Les sources contemporaines», en *L'Histoire Social. Sources et Methods*, París, PUF, 1967.

(3) MOUILLARD, M., «Le système des journaux (Théorie et méthodes pour l'analyse de presse», *Langage*, núm. II, sepbre., 1968.

(4) TUDESQ, A. J., *La presse et l'événement*, París, Mouton, 1973.

pequeño-burguesa, destinado a la «orientación y moralización» del proletariado. Por ello, no sirve para conocer la mentalidad obrera, pero sí la de las clases medias «avanzadas» o «de izquierdas» provincianas, minoritarias numéricamente, pero llamadas a tener un gran papel en la génesis del republicanismo y en la modernización cultural de España. Si se piensa que de sus filas salieron la mayor parte de los intelectuales punteros de las llamadas «generaciones» del 98, 14 y 27, así como un gran porcentaje de los de segunda fila, se aceptará sin grandes reparos nuestro aserto sobre la importancia de estos grupos sociales en la génesis de las ideologías del novecientos.

Naturalmente, la originalidad y fuerza de susodichos presupuestos ideológicos está en función de la proximidad física a los ambientes rectores en uno u otro sentido, sea cultural, sea político. De ahí el menor empuje de estos grupos periféricos, pese a lo cual encontramos en ellos la misma adhesión a los valores del liberalismo, legado del siglo precedente, el mismo utopismo educativo e idéntico reformismo social más o menos vago, es decir, todas las valoraciones comunes del medio social e intelectual al que pertenecen, hasta el punto de que en ciertos artículos de crítica social hemos reconstruido el mundo de ideas y de metáforas de Antonio Machado. Como apunta Tuñón de Lara (5), toda manifestación cultural está condicionada «por una base histórico-concreta y por un contexto ideológico sobre los cuales puede a su vez actuar». De ahí los paralelismos entre ciertos juicios de valor machadianos —no se olvide el origen andaluz y provinciano de su autor— y los de estos burgueses lorquinos, nacidos en una ciudad muy próxima a Andalucía en todos los sentidos. Para ambos, las ideas se habían convertido ya en praxis, totalizando el ciclo de cultura.

Nuestro objetivo va a ser el análisis de los grandes lineamientos ideológicos de esta publicación periódica, con el auxilio de técnicas lexicológicas y cuantitativas. Dicho análisis debe ser orientado en una triple vertiente:

- Señalar qué puntos de vista comparte el grupo pequeño-burgués indicado con los del resto del país. Por lo mismo, habrá que anotar sus posibles divergencias y la óptica con la que «veía» las cuestiones internacionales y nacionales.
- Analizar su crítica a los problemas locales y el tipo de soluciones que apuntan.
- Establecer cuál es su modelo discursivo específico, dado que las

---

(5) TUÑÓN DE LARA, M., *Medio siglo de cultura española*, Madrid, Tecnos, 1973.

formaciones discursivas —en tanto que componentes de las ideológicas— son altamente ilustrativas sobre el sistema de representaciones que posee el grupo que las utiliza.

Resta añadir, siquiera sea brevemente, dentro de qué concepto de ideología vamos a insertar nuestro análisis, puesto que es un problema muy debatido actualmente (6). Pensamos que es una cuestión que ha de enraizarse sociológicamente si le queremos dar una dimensión científica. Por ello las consideramos como un sistema de ideas y juicios, destinado a explicar o justificar la situación del grupo que las sustenta, el cual, inspirándose en una gama determinada de valores, propone una orientación precisa a la acción histórica, tanto suya como de la colectividad en que se mueve. Mandrou sintetiza este concepto hablando de la «visión del mundo» de cada grupo social, y Althusser insiste en cómo los hombres viven las relaciones con sus condiciones de existencia. Desde la metodología marxiana, Herbert (7) considera la ideología como una racionalización que permite al sujeto identificarse con las estructuras políticas e ideológicas y hacerse la ilusión de que él, como individuo, es la fuente original de susodichas creaciones ideológicas.

Resumiendo, podríamos caracterizar las ideologías como fenómenos psico-sociales. Por tanto, a través de su análisis, se nos revelarán datos del ámbito sociológico lorquino de comienzos del xx: situación colectiva, valores aceptados o rechazados, simbolismos que usa y acción común que preconiza, en el sentido apuntado por Mannheim (8). Simultáneamente, nos aparecerán datos del ámbito psicológico: estados de ansiedad o agresividad latente y fenómenos de transferencia de esos sentimientos a un *nosotros* mediante un movimiento de identificación de las personas al grupo o colectividad que ese nosotros representa. Esta presión de lo psíquico y lo sociológico permite avanzar en el conocimiento de la mentalidad del grupo social emisor de «El Obrero», aunque con un periódico como única fuente nunca se puede profundizar demasiado. Finalmente, procuraremos situar nuestro análisis en el contexto socio-económico que lo produce, pues lo contrario supondría una artificialización del fenómeno ideológico.

---

(6) LE GOFF, J., «Les mentalités: une histoire ambiguë», en LE GOFF-NORA, *Faire l'Histoire. Nouveaux Aspects*, Gallimard, París, 1974. ELORZA, ANTONIO, «Las ideologías políticas y su historia», en *Once ensayos de Historia*, Madrid, 1976.

(7) HERBERT, Th., «Remarques pour une théorie générale des idéologies», *Cahiers pour l'analyse*, 1968, núm. 9.

(8) MANNHEIM, K., *Ideología y utopía*, Aguilar, Madrid, 1966.

## EL CONTEXTO SOCIAL DE «EL OBRERO»

El semanario aparece en octubre de 1901, con el fin de difundir las ideas de un Centro Obrero fundado pocos meses antes. Su objetivo, pergeñado en la editorial del primer número (9), era doble: convencer a los trabajadores para que se asociasen en organizaciones de clase y persuadirlos de que «el trabajo, la moralidad y la instrucción son los tres elementos indispensables para la redención de las clases pobres».

¿Quiénes eran los fundadores del Centro y del periódico? Su adscripción socio-profesional es sumamente significativa para entender la orientación ideológica de ambas creaciones. El director común, Manuel Moya, era un pequeño comerciante de calzado. Los colaboradores habituales —unos veinte en los cuatro años de vida de la publicación— procedían, en un 60 por 100, del campo de las profesiones liberales (médicos, abogados), un 35 por 100 eran comerciantes o dueños de talleres artesanales y sólo un 5 por 100 obreros. En cuanto a los socios del Centro —cuyo número nunca superó el millar—, presentaban un mayor porcentaje de miembros del artesanado o los escalones inferiores del comercio y la industria (65 por 100), seguidos por el de obreros (25 por 100) y por las profesiones liberales (10 por 100). Por tanto, según las cifras, se trata de un grupo reducido, integrado en un abanico socio-profesional cuyo nivel es la clase media y media-baja. Además, el porcentaje de trabajadores es minoritario dentro del grupo y su tipo de trabajo es el artesanado urbano —sombrereros, ebanistas, tipógrafos—, brillando por su ausencia el obrero agrícola. El fenómeno es más llamativo por que en Lorca, a principios del siglo xx, estos últimos constituían el 51,42 por 100 en una comarca de 58.321 almas (10).

Consecuencia: estamos ante una manifestación cultural pequeño-burguesa que se insertará en las coordenadas ideológicas que son propias de esta clase social. Por ello, no poseerá gran capacidad de arrastre en los sectores obreros. Tanto más cuanto que en Lorca éstos eran fundamentalmente agrícolas, analfabetos, y con una gama de problemas muy complejos en cuyo planteamiento profundo nunca llegarán a entrar los redactores de artículos, que, como Don Quijote con la Iglesia, topaban siempre con «el sagrado de la propiedad privada».

Además del carácter pequeño-burgués del grupo, las cifras nos indican su fragilidad numérica, que se aprecia en mayor medida recordando

---

(9) *El Obrero*, núm. 1, 24-IX-1901, A. M. L.

(10) Censos de 1889 y 1900. A. M. L. Resumen de CAMPOY, JOSÉ MARÍA, *De mi pueblo*, Lorca, 1907.

*grosso modo* el carácter agrario de la comarca lorquina, la situación arcaica de su agricultura y el reparto socio-profesional. A comienzos del xx seguían perdurando formas de cultivo —secanos, grandes barbechos— y de propiedad —latifundismo, ciertos tipos de arrendamiento— muy tradicionales. Según Delille (11), el tipo de agricultura de una comarca está estrechamente ligado a su estructura social y a su demografía, como demuestra en su estudio sobre el reino de Nápoles. En el caso de Lorca, la agricultura extensiva, los grandes rebaños de ganado lanar y cabrío y la gran propiedad iban unidos a una estructura social muy polarizada, con una élite de propietarios y una gran masa de jornaleros que, según datos contemporáneos, sólo trabajaban cien días al año. En cuanto al reparto socio-profesional, era el siguiente (12):

- a) Poseedores de los medios de producción:
  - Agrícolas, 8 por 100.
  - Industriales y comerciantes, 7 por 100.
- b) No poseedores de los medios de producción:
  - Empleados y profesiones liberales, 5 por 100.
  - Trabajadores manuales: artesanado, 24,33 por 100; campesinado, 51,42 por 100 (jornaleros, pegujaleros, medieros, etc.).

Es fácil imaginar cuál sería la difusión de un periódico del tipo de «El Obrero» en un contexto sociológico como el que revelan los porcentajes que reproducimos. Ya vimos que también coadyuvaba en este sentido su desconocimiento de los problemas reales del estrato social mayoritario. El fenómeno se explica en parte por el carácter netamente urbano del grupo social que produce el semanario: cuantificando los artículos que versan sobre temas agrícolas y urbanos, nos encontramos que en *todos* los números se incluye alguno que aborde problemas de la ciudad y sólo en un 7 por 100 aparecen colaboraciones sobre asuntos del campo.

Urbano, culto y minoritario, este sector de la burguesía lorquina se encontraba emparedado entre la enorme masa formada por el campesinado más el proletariado agrícola, cuyos problemas desconocía o utopizaba, y una clase dominante de propietarios, extraordinariamente poderosa, potenciada por el caciquismo de la Restauración. Una clase cuyos valores tampoco compartía y sobre la que ironizaba con frecuencia, criticando su ociosidad, incultura, corrupción y falta de horizontes.

---

(11) DELILLE, GÉRARD, *Agricultura e demografia nel regno di Napoli nei secoli XVIII e XIX*, Nápoles, 1978.

(12) Censo de 1889 y 1900. A. M. L.

La cuestión es —y en ello habremos de ahondar más adelante— hasta qué punto sus posiciones no estaban más próximas a esta clase de lo que confesaba conscientemente.

### LA NOMINA TEMATICA Y SU CUANTIFICACION

Como punto de partida vamos a realizar una cuantificación de la temática abordada por el periódico sobre la base de tres bloques de asuntos, que permitan aglutinar todos los temas tratados: problemas de la vida local (el 100 por 100 de los ejemplares incluyen artículos sobre ella), problemas políticos generales (el 80 por 100) y crítica social (el 60 por 100):

CLASIFICACION	TEMAS (%)
<i>Problemas locales</i> ... ..	Corrupción e ineficacia municipales: 30 %. Embelllecimiento y cuidado ciudad: 25 %. Consumos: 15 %. Sanidad: 10 %. Enseñanza: 8 %. Orden público: 7 %. Quintas: 5 %.
<i>Problemas políticos generales</i> ...	Crítica al espíritu de la Restauración: 65 %: a) Corrupción e ineficacia nacionales. b) Caciquismo. c) Elecciones. Teorización liberal: 15 %. Pacifismo antiimperialista: 10 %. Opción republicana: 10 %.
<i>Crítica social</i> ... ..	La «cuestión social»: 40 %. Utopismo moralizante: 30 %. El movimiento obrero: huelgas, tensiones, vida cotidiana: 20 %. Otros aspectos de la ideología pequeño-burguesa: 10 %.

La atención a los problemas locales, que es un rasgo general en toda la prensa de provincias, cobra aquí un especial significado, pues desde el primer número se anuncia el propósito explícito de denunciar todo lo que no marche en la administración municipal. Gracias a ello se nos presenta un cuadro lleno de vida, casi como una pintura costumbrista sobre la realidad de una ciudad de la mitad sur de España, tal y como aparecía comienzos del siglo xx. Todos los problemas, pequeños y grandes, recogidos en los cuatro años escasos que tuvo de vida el periódico se abordan en sus páginas.

Siguen después los temas que hemos denominado «políticos» en el más amplio sentido de la palabra: cuestiones internacionales y nacionales, crítica a la praxis de la Restauración y cuestiones teóricas. La plataforma ideológica desde la que se aborda esta triple vertiente es la de un liberalismo a ultranza, todavía inédito en España, según los autores de los artículos.

Por último, figura el apartado de crítica social, dentro del cual se incluyen las elucubraciones en torno a la denominada —desde el siglo xix— «cuestión social», así como descripciones de la vida cotidiana del obrero y de los medios de lucha para mejorar su condición. Todas estas cuestiones son enfocadas a través de un utopismo socializante sumamente vago y carente de todo contenido de clase.

Esta jerarquía cuantitativa de temas nos permite deducir que, pese a la inquietud social que pregona el periódico en su propio título, en las conferencias que se dan en el Centro o en la editorial-programa del primer número, el verdadero interés de los redactores se centraba en los problemas locales y en las dificultades políticas de la nación. Por ello, pese a la paladina declaración de apoliticismo del primer número, ya en 1903 comienzan a aparecer artículos animando a la colaboración con los republicanos: cuando el periódico desaparezca, pasa el relevo a «La Tarde», de susodicha filiación. Es decir, se ha buscado una solución *política* a los problemas que se denunciaban, no una transformación de auténtico contenido social.

## I. LA VIDA LOCAL

En un libro reciente (13) hemos definido la estructura socio-económica del reino de Murcia como un agregado de comarcas con vida pro-

---

(13) PÉREZ PICAZO, MARÍA TERESA; LEMEUNIER, GUY; CHACÓN JIMÉNEZ, J., *Materiales para una historia del reino de Murcia en los tiempos modernos*, Murcia 1979

pia y personalidad acusada. Entre ellas, la más extensa es la lorquina, que constituye el mayor municipio de España, y cuyo centro administrativo local, la ciudad de Lorca, es comparable a una capital de provincia por el número de habitantes, la diversidad de encargos artísticos en el Antiguo Régimen —que han dejado su huella en la fisonomía urbana— y la concentración de poder. Esta pequeña disgresión es necesaria para comprender el intenso «patriotismo comarcal» de este período, que no es exclusivo de Murcia, sino compartido por todas las provincias que poseen centros locales del peso específico de los murcianos. Carr comenta en su conocido manual que en la España contemporánea aún se notaban las consecuencias de la imperfecta y tardía unidad nacional, por lo que los españoles se sentían más ligados a su propia ciudad y comarca que a su país.

Dentro de estas coordenadas se entiende mejor el absoluto predominio de los temas de interés local en las columnas de «El Obrero». Todos sus números insertan uno o dos artículos sobre ellos. También es digno de destacar el nulo interés por los temas de carácter regional, o los de Murcia capital: el punto de vista es claramente localista, no regionalista.

La imagen que el periódico ofrece a la comunidad lorquina a principios del xx no puede ser más negativa. Nos encontramos con una continua denuncia de pequeños y grandes abusos, que nos permiten entrever cuál podía ser la situación real y el peso del caciquismo sobre ella.

El aspecto propiamente urbano era, para estos articulistas, un desastre. Las calles, «asquerosas y casi propias de un caserío rifeño», sin luz, llenas de polvo y con rincones inundados de basuras. La luz sólo existía en las calles céntricas y aun de éstas desapareció de marzo a mayo de 1903, por impago de recibos por parte del Ayuntamiento. En verano parecían mares de polvo, por lo que los números publicados en los meses de la canícula pedían riegos con insistencia. La infraestructura sanitaria corría pareja con este aspecto externo: hay continuas acusaciones sobre alcantarillas rotas, acumulaciones de basuras y arrojado de aguas sucias a la vía pública, señalando los puntos concretos de la ciudad donde todo ello ocurría, lo que nos induce a creer en su veracidad. La machaconería con que se repiten los mismos datos indican que nunca se resolvían las cosas de manera satisfactoria. Otro tanto cabe decir de la Plaza de Abastos: a lo largo del año 1902, todos los ejemplares de «El Obrero» insertaban comentarios sobre su falta de higiene, desorden increíble, deficiencias en el peso y asalto de las

estrechas calles circundantes por puestos itinerantes. Nada consiguieron tampoco.

A otro nivel hay que colocar las denuncias sobre falta de atención hacia servicios públicos, como la sanidad, la enseñanza y el orden público. La primera estaba totalmente abandonada: el periódico revela la falta de vigilancia sobre aguas, abastecimientos, lavaderos, etc., que podían constituir peligros para la salud de los vecinos. El problema se agravó con la epidemia de viruela de 1902, y el tifus en 1903; ambas se iniciarán en barrios humildes como San Cristóbal, y al no aislar el foco infeccioso, se propagarán por toda la ciudad, y la segunda por el campo. Leemos que «en buena parte de la huerta y campo de Lorca, aparte de la miseria y el hambre que ya es fama impera, hay una regular epidemia de tifus. Llegan noticias aterradoras de familias enteras atacadas en su totalidad por la enfermedad, sin asistencia facultativa, ni medicinas, ni alimentos» (14). Los legajos municipales contienen estadísticas sobre la mortandad sufrida, pero lo que registra la prensa es la inoperancia de la Junta de Sanidad, que toleró la extensión de ambas plagas. En este sentido hay que incluir las frecuentes críticas a la poca operancia de los médicos municipales: escasos y mal pagados, raramente acudían a las lejanas Diputaciones rurales.

En cuanto a la enseñanza, recibía la misma atención que la sanidad. El tema es siempre objeto de una florida retórica, ya que constituye la obsesión del grupo que estudiamos, dada su fe en la redención del pueblo por medio de la cultura. De ahí la indignación ante hechos como el cierre de las escuelas durante un mes por dos casos de escarlatina, la no apertura de muchas de ellas durante años enteros, la falta de habilitación de locales por parte del Ayuntamiento, etc. La línea argumental que utilizan para ejercer la crítica es la falta de interés de la oligarquía local hacia la enseñanza popular: no interesa que las clases trabajadoras se eduquen, para que no adquieran conciencia de sus derechos. No se dan cuenta, aducen los comentaristas, que sólo la enseñanza puede darles la formación moral necesaria para aceptar una vida de trabajo, con los derechos y deberes correspondientes.

Por último, resta por hablar del orden público. Se podría escribir un artículo costumbrista sólo con reproducir las numerosas anécdotas —algunas sangrantes— que se narran a este respecto en las páginas del periódico. Las reyertas en plena vía pública, la falta de seguridad personal —«anda a merced de cualquier valiente de ocasión»—, la «chulería» y «el matonismo», y los robos casi a la luz pública eran refe-

---

(14) Núm. 128, 10-XII-1904.

ridos como habituales en la vida cotidiana de la ciudad. Hay editoriales enteras dedicadas a comentar los sucesos más sobresalientes en este sentido, como el acuchillamiento de dos hombres en La Corredera a las tres de la tarde, sin que acudiera ningún guardia municipal a separarlos (15). Pero lo que más indignaba a los autores de estos escritos era la impunidad en que quedaban los protagonistas de los delitos, pues encontraban casi siempre un valedor que les libraba del merecido castigo (16).

Otra faceta del orden público es la gran cantidad de tabernas y de garitos de juego —honorables o no— que existían en la ciudad. A las primeras acudían los trabajadores a «gastar sus cuatro cuartos» y degenerarse con el alcohol. A los segundos iban a arruinar sus familias «mucha gente conocida de Lorca». El tema del alcoholismo popular era una de las viejas preocupaciones de la burguesía bienpensante, incapaz de entender la necesidad de evadirse de la sórdida realidad obrera. Más novedosa es la cuestión del juego, porque se enfoca sobre todo como crítica a la inmoralidad y ociosidad de las «mal llamadas clases altas, pues sólo sería merecedor de ese nombre el hombre trabajador y fecundo en iniciativas, no el que tiene dinero» (17). Pero como viven en la ociosidad, «apoltronados en sus casas o en los casinos y círculos de recreo, bostezando y sin madurar una idea provechosa» tienen tiempo para dedicarse a todas las variantes de los juegos de azar, único entretenimiento para sus «orgullosas seseras y huecas cabezas» (18). El vocabulario y las ideas que aparecen al escribir sobre este tema son idénticos a los empleados por Antonio Machado en su poesía «Del pasado efímero», de la que reproducimos los versos más significativos (19):

«Ese hombre del casino provinciano...  
 ... con una mustia expresión que no es tristeza  
 sino algo más y menos, el vacío  
 del mundo en la oquedad de su cabeza...  
 ... tres veces heredó, tres ha perdido  
 al monte su caudal, dos ha enviudado.  
 Sólo se arrima ante el azar prohibido  
 sobre el verde tapete reclinado...

(15) Núm. 39, 17-VII-1902; núm. 40, 24-VII-1902, y núm. 52, 16-IX-1902.

(16) Núm. 13, 16-I-1902.

(17) Núm. 35, 19-VI-1902.

(18) Núm. 13, 14-VIII-1902.

(19) *Poesías completas*, Ed. Austral, 1977, págs. 209-210.

... Ese hombre no es de ayer ni es de mañana  
sino de nunca: de la cepa hispana  
no es el fruto maduro ni podrido,  
es una fruta vana  
de aquella España que pasó, y no ha sido,  
esa que hoy tiene la cabeza cana».

Ahora bien, ¿quién o quiénes eran los responsables de la sordidez de la vida local? Para los redactores de «El Obrero» había dos, fundamentalmente: la organización política de la Restauración y sus representantes locales, hechura de los partidos oligárquicos que se turnaban en el poder. Ambos eran idénticos en sus procedimientos e ineficacia: primero se critica la gestión liberal del municipio en 1901 (20), y luego la conservadora, en 1902-1903 (21), puesto que dejan intacta la corrupción existente, y sin resolver los problemas planteados. Estamos ante una crítica de tipo costiano, reproduciéndose incluso artículos completos de este autor.

Semejante organización oligárquica sólo se podía mantener por medio de la presión caciquil: de ahí la larga serie de abusos enumerados anteriormente y cuyo origen es el caciquismo local, que según el periódico alcanzaba cotas increíbles. La impunidad y el nepotismo hacia los amigos y partidarios propios corría pareja con el atropello del resto, especialmente contra los que se resistían o denunciaban las injusticias más flagrantes. Por ejemplo, en medio de un desbarajuste financiero total, el Ayuntamiento sólo pagaba sus sueldos a ciertos médicos y empleados: el resto no cobraba. Por eso, los miembros del grupo «El Obrero» pedían constantemente —sin conseguirlo— que se diese publicidad al destino de los fondos municipales y a los presupuestos.

La cuestión más grave —y más resaltada por el periódico— era la de los consumos, gran arma de los caciques de toda España: sólo los pagaban los no integrados en el círculo de sus amigos. El motivo de escándalo era triple:

- Por la manera injusta con que se llevaba a cabo la recaudación, que sólo gravaba a los humildes. Se toleraba la entrada en la ciudad de gran cantidad de especies gravadas procedentes de personas acomodadas.
- A causa de ello, la recaudación era pequeña y el Ayuntamiento

---

(20) Números de enero a junio de 1901.

(21) Núm. 60, 11-XII-1902.

no conseguía sus fondos necesarios para atender a sus obligaciones, y aun resultaba disminuida por la contratación de personal innecesario.

- Por la forma autoritaria y hasta violenta con que los empleados trataban a los habitantes del extrarradio para cobrar.

Prueba palpable de la impotencia municipal era el desinterés de los miembros del Cabildo: en 1903 los redactores del periódico tuvieron la ocurrencia de «pasar lista» en las sesiones municipales, y se encontraron con una ausencia casi total de los concejales. Sólo acudía a ellas el alcalde y los tenientes, los cuales solían levantar rápidamente las sesiones por falta de «quorum» o de «temas por tratar». Simultáneamente, las oficinas del Ayuntamiento siempre estaban vacías: los que acudían a gestionar un asunto, rara vez encontraban a alguien.

Este planteamiento anti-partidos clásicos condujo al grupo que sustentaba el Centro Obrero a apoyar en las elecciones de 1903 un candidato independiente: el abogado Miguel Rodríguez Valdés, que se enfrenta al candidato conservador Loring (andaluz de clara integración en la oligarquía de la Restauración). Ello dará lugar a una agria disputa con el partido conservador, cuyo representante gana las elecciones gracias a un pacto con los liberales, por lo que el periódico habla de «vergonzosa ganancia y honrosa derrota» (22). La campaña electoral dará lugar a los consabidos denuestos contra la picaresca de las elecciones: se acusa a los conservadores de haber realizado toda clase de artimañas con el censo, y haber acordado como línea de actuación: «contra el núcleo de verdadera oposición *cárcel y leña*» (23). El paso siguiente fue lógico: vincularse al republicanismo como único medio de liquidar el régimen político existente. Este es el sentido de la conversión de Rodríguez Valdés en candidato republicano y de la propaganda que se hace a este partido en el periódico a partir de 1903.

## II. PROBLEMAS POLITICOS GENERALES

Ya hemos anticipado cuál es la plataforma ideológica desde la que se encaran todas las cuestiones políticas: un liberalismo a ultranza, de clara procedencia decomonónica y filiación burguesa. Nos parece digno de meditación el hecho de que, mientras las clases medias europeas se

---

(22) Núm. 98, 2-V-1903.

(23) Núm. 105, 24-IX-1903.

orientan por estas fechas hacia posturas radicales, las españolas sigan inmersas en corrientes liberales de corte clásico. Tal vez la explicación esté, a nivel de grupos periféricos, en que todavía no habían visto plasmado en la realidad inmediata que ellos vivían el más mínimo programa auténticamente liberal. Esto podría explicar que a las alturas cronológicas de comienzos del xx se escriban diatribas contra el privilegio en el mismo tono con que se hacía en el siglo xviii: «pediremos el exterminio de ese monstruo infame, verdugo implicable de la sociedad, que se llama privilegio» (24). ¿Acaso no era prácticamente estamental la estructura social de la comarca?

Es necesario analizar esta plataforma liberal, pues no sólo impregna la crítica a las cuestiones políticas, sino también la teorización sociológica. Su núcleo es la valoración a ultranza de los llamados «derechos fundamentales del individuo»: libertad, igualdad, propiedad, etc. Pero mientras a la primera y a la tercera se las considera sagradas y sin limitaciones, la segunda ha de someterse a una serie de cortapisas que será preciso señalar. La palabra y el concepto de libertad encierran una magia especial para estos grupos burgueses, convencidos que «con su implantación sin restricciones se resolverían todos los problemas» (25). Esta apreciación sobre el carácter mágico o de panacea de susodicho concepto aparece nítidamente al analizar lexicológicamente los textos del periódico donde se utiliza. Para ello, realizaremos un esquema donde aparezcan las correlaciones o co-ocurrencias de la palabra-polo elegida, en este caso *libertad*:

L I B E R T A D
-----------------

- |                                                                                                                                                                                         |                                                                                                                                                                                             |
|-----------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|---------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|
| <ul style="list-style-type: none"> <li>1. TOTAL</li> <li>2. INALIENABLE</li> <li>3. DERECHO INDIVIDUAL</li> <li>5. DESARROLLO ECONOMICO</li> <li>6. COSTO SANGRE CONSEGUIRLA</li> </ul> | <ul style="list-style-type: none"> <li>1. SAGRADA</li> <li>2. PROGRESO</li> <li>3. EDUCACION</li> <li>4. MORALIDAD</li> <li>5. LIQUIDA CORRUPCION</li> <li>6. LIQUIDA FANATISMOS</li> </ul> |
|-----------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|---------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|

El escalonamiento jerarquizado de significantes expresa la frecuencia relativa de su uso, así como su mayor o menor cercanía a la palabra-polo. Obsérvese lo rotundo de las calificaciones más próximas:

(24) Núm. 1, 24-IX-1901.

(25) Núm. 93, 3-V-1904.

la libertad es «total», «sagrada» e «inalienable». Asimismo, la fisonomía de solución universal que se le atribuye: aplicada sin restricciones favorece el «progreso», la «moralidad», la «paz», y el «fin de la corrupción social». Es digna de anotación la polisemia del concepto, según la aplicación, de uno u otro significante y el contexto de la frase: cuando se relaciona la libertad con la moralidad o la paz, se la está empleando en una vertiente social, pero cuando se le atribuye un papel esencial en el triunfo de los derechos humanos es la connotación política la que se privilegia.

Los textos no hacen más que presentar retóricamente este esquema léxico. Por ejemplo, en el aspecto cultural, «la libertad acabará con toda la serie de fanatismos que envenenan la vida política, social y religiosa de España, y permitirá modernizar la vida cultural del país, eliminando las absurdas intolerancias del gobierno teocrático que padecemos: a consecuencia de él no disfrutamos de libertad de cátedra y de enseñanza» (26). Más adelante veremos que a partir de estas ideas se realiza una clara propaganda de la educación laica, considerada como la más idónea para el español del futuro.

Lo mismo sucede con los problemas económicos, cuya solución sólo vendrá con medidas liberales. Por eso se escribe que «... la libertad de comercio es imprescindible para el progreso. Las leyes de la oferta y la demanda son sus únicos límites posibles. Las demás leyes restrictivas, creadas por una engañosa protección, matan con opresión lenta de serpientes» (27). El Estado debe respetar lo más posible la libre iniciativa y el libre juego de las leyes económicas e incluso suprimir en lo posible «las enormes cargas que pesan sobre la agricultura y la industria, con lo que resurgiría su actividad, porque libre el capital de pesos insoportables, acudiría a esas fuentes de riqueza, buscando una remuneración más moral que el corte del cupón o la escritura de la hipoteca» (28). Si recordamos el escaso peso fiscal que existía en España a comienzos del siglo xx, resulta evidente que este grupo social —ajeno completamente a los intereses de la gran burguesía— le hacía el juego más o menos conscientemente.

Respecto a la igualdad, la cuestión es muy otra. La mejor formulación de lo que opinan sobre ella la encontraremos en la editorial que abre la publicación del periódico:

---

(26) Núm. 65, 15-I-1903.

(27) Núm. 40, 24-XII-1902.

(28) Núm. 5, 21-XI-1901.

«Abogaremos por un exacto nivel social. Pero no encontraremos ese nivel en la línea recta, imposible de conseguir, y que reemplazará una injusticia con otra no menos grande; en la línea recta, que cercenaría las cabezas que más altas se elevasen por su propio vuelo, por legítimo impulso, y pondría ridículos pedestales a los pigmeos de la labor humana; en la línea recta, que equipararía al vago y al trabajador, al hábil y al torpe, al dilapidador y al hacendoso, al genio y al ignorante... Entendemos que la igualdad de derechos debe consistir en el reconocimiento de las desigualdades naturales» (29).

Estamos ante una concepción funcionalista, de corte weberiano (30). Según ella, lo social sólo existe como «desarrollo» de lo individual, por lo que es el resultado de las características de los individuos. Esto explica las desigualdades entre ellos, que serán fruto de sus diversas aptitudes y disposiciones naturales. La consecuencia inmediata de esta doctrina es considerar la estratificación social como el resultado de un proceso de selección que, por intermedio de la competición, consagra la superioridad natural de los que posean las cualidades personales esenciales para el éxito y, en contrapartida, la inferioridad de los que se encuentran desprovistos de ellas. El Estado debe asegurar una forma de orden jurídico que garantice esta competición que, a través del éxito económico, social y político, seleccionará a los mejores. De ahí las diatribas contra el Estado de la Restauración que permitía la permanencia de una oligarquía de políticos mal dotados, que habían accedido al poder por la vía ilegítima de unas elecciones corrompidas, no por sus méritos personales.

La lucha necesaria para el ascenso social habrá de basarse en el esfuerzo y el trabajo. Los colaboradores de «El Obrero» mitifican a éste como «redentor del pueblo» y como único medio del progreso individual: estamos ante un concepto de origen clásicamente burgués también. Por eso se emplean términos como los siguientes: «... pediremos que todos los hombres trabajen y que todos, mediante el trabajo, satisfagan los menesteres de su existencia y dentro de su principio sustancial quedará siempre la diferencia de retribución, que forma lo accidental y accesorio» (31). Es decir, la selección dependerá, junto con las cualidades personales de cada uno, de la intensidad del esfuerzo desplegado, reflejado todo ello en «la diferencia de retribución». Así,

---

(29) Editorial-Programa, núm. 1, 24-IX-1901.

(30) WEBER, MAX, *Economía y Sociedad*, México, F. C. E., 1964.

(31) Núm. 65, 15-I-1903.

la mejora de la sociedad no vendrá por medio de procedimientos violentos ni revolucionarios: las doctrinas sociales que los defienden no saben lo que predicán (32). La solución a los problemas es el trabajo y la cultura, o sea, la evolución lenta y pacífica.

Resulta ahora evidente nuestra afirmación sobre el conservadurismo político de este grupo, sobre todo comparándolo con sus homónimos de clase europeos. La justificación ideológica de la desigualdad había sido una constante de las fracciones dominantes de la burguesía, pero ésta no lo era, aunque compartiera sus formas de representación y autorreproducción. Es preciso hacer hincapié en el fenómeno, porque para sus contemporáneos constituían los grupos políticos más avanzados, dada su vinculación al republicanismo y, aparentemente, al movimiento obrero. Tierno Galván (33) ya vio el problema, cuando calificó de conservadores a los burgueses republicanos de 1931. El hecho aparecerá con mayor nitidez cuando exponamos la posición del periódico respecto a la cuestión obrera.

De todas maneras, la plataforma liberal descrita bastaba para hacer una crítica demoledora de la realidad política española. Los comentaristas de «El Obrero» reconocían en todos sus artículos la necesidad de un orden que garantizara a todos la posibilidad del éxito en su empresa individual. Como en la teoría weberiana, aceptaban la existencia de un sistema de reglas válidas para la interacción social, ¿pero lo eran las vigentes bajo el Estado de la Restauración? Para ellos, no; pues no aseguraban a todos las mismas posibilidades, sino sólo a los mejor situado hereditariamente, de lo que resultaba una selección a la inversa, en perjuicio del país. Por eso lanzan fuertes andanadas contra los tres pilares de esta situación: los partidos clásicos, el caciquismo y las elecciones manipuladas.

Liberales y conservadores son medidos por el mismo rasero: a éstos se les acusa de ser «cuerpo inerte, bloque duro e inamovible que estorba todo propósito sano, todo avance hacia lo mejor, masa sin pensamiento, montón pesado que no se mueve ni anda cuando no lo impulsan ciertos motores personales» (34). Es difícil encontrar una descripción más cruel del anquilosamiento e inmovilismo que por estas fechas empezaba a dominar la estructura de los viejos partidos de Cánovas y Sagasta. Se les acusa de pensar únicamente en sus rencillas internas, despreocupándose de los problemas reales de la nación: cual-

---

(32) Núm. 65, 15-I-1903.

(33) TIERNO GALVÁN, E., *Tradición y Modernismo*, Madrid, Tecnos, 1962.

(34) Núm. 32, 5-VI-1902.

quier rozamiento entre políticos «pone en cuidado al gobierno y en peligro al gabinete, pero el hambre, el encarecimiento de las subsistencias y la ineficacia de la administración dejan indiferente a todos» (35). De esta manera, España se había convertido «en feudo de unos cuantos paniaguados, donde las influencias y el abuso de poder están a la orden del día» (36), donde por todas partes aparecen monopolios irritantes y desorganización, bajo la máscara de los turnos de partido, que ya no engañan a nadie, pues el poder lo tienen siempre los mismos.

Para conservar este poder mal adquirido y empleado no había otras armas que el caciquismo —denigrado con un lenguaje costiano— y «una represión indiscriminada contra cualquier clase de oposición, en virtud de una intolerancia absurda» (37). Las huelgas obreras son dispersadas por el ejército, las manifestaciones populares disueltas, los intelectuales independientes perseguidos. Y todo ello sin resolver los graves problemas de base, como el hambre del campesinado y la falta de trabajo, causantes de la «sangría migratoria».

Otra vertiente de la ideología política de «El Obrero» es el pacifismo antibelicista, que se da a todos los niveles. De cara al país, se traduce en la hostilidad a la elevación de los presupuestos del ejército, a la construcción de nuevos barcos de guerra (38), a la participación en nuevas aventuras bélicas marroquíes (39). El ejército es considerado como una fuerza social de primera magnitud, siempre que se haga buen uso de él. Será beneficioso para el país si se le destina a defenderlo o «a barrer el caciquismo y los vampiros políticos». En cambio, puede ser muy perjudicial si se le utiliza «como figurón político, amparador de caciques y para matar a los obreros en la calle» (40). Por otra parte, los gastos militares excesivos son un dispendio en un país como España, acuciado por graves problemas económicos: el dinero que iba a emplearse en gastos militares debe dirigirse «a la industria y al comercio, no en guerreras aventuras» (41).

Es preciso recordar aquí las afirmaciones de Payne (42) sobre la debilidad del nacionalismo español en los siglos XIX y XX. Por el con-

---

(35) Núm. 91, 18-XII-1903.

(36) «¡Mas sangre!», núm. 108, 4-XI-1903.

(37) «S. M. el Hambre», núm. 126, 10-III-1904.

(38) Núm. 91, 18-VII-1903.

(39) Núm. 64, 8-I-1903.

(40) Núm. 64, 8-I-1903.

(41) Núm. 57, 23-IX-1902.

(42) PAYNE, STANLEY G., *Ejército y sociedad en la España liberal, 1808-1936*, Madrid, Akal, 1976, págs. 127 y ss.

trario, en la Europa de esta época las burguesías están impregnadas por el virus nacionalista y respaldan las aventuras coloniales de sus respectivos estados. Este hecho diferencial, según Payne, fue una rémora para los líderes políticos españoles y caracterizó los años de intentos reformistas que forman el período conocido como regeneracionismo.

El mismo sentimiento empapa los comentarios sobre política internacional. A causa de él se verifica una fuerte crítica contra el imperalismo de las principales naciones europeas, singularmente Inglaterra. La guerra de los «boers» es considerada como un asalto al pueblo del Transvaal, «modelo de ciudadanos honrados y amantes de la libertad» (43). La ocupación de Gibraltar se califica como una imposición insufrible, agravada por la cuestión surgida en estas fechas referente a las fortificaciones españolas vecinas al Peñón: «... contra toda ley y todo derecho se prohíbe al gobierno español que fortifique nuestro territorio, es decir, que no mandamos ni en nuestra propia casa» (44). La contienda ruso-japonesa aparece como «una pelea de barateros para arrebatar Puerto Arturo a China» (45). La definición que merecen todas estas empresas —así como la guerra hispano-yanqui del 98, el asalto a China, el saqueo de Venezuela, etc.— es el de «bandidaje moderno de las grandes potencias». Jamás aparece la menor insinuación tendente a una posible participación de España en la expansión colonialista: ya hemos señalado la escasa simpatía con que es mirado el atisbo de conflicto en el Rif.

De una manera lógica, esta inclinación pacifista se enlazará con el utopismo propio del pensamiento de «El Obrero» para dar lugar al canto de la paz universal: «Sería mucho más justo, razonable y humano ir todas las naciones y todos los pueblos en brazos de la más hermosa de las fraternidades, al desarme universal y deponer para siempre ansias de conquista y ambiciones de poderío» (46). El socialismo, concluyen, comparte estos ideales; de ahí que el tema del pacifismo sea uno de los escasos puntos de concomitancia con la ideología del movimiento obrero: la acción llevada a cabo en la conferencia de Amsterdam por Plejanof, que abrazó al representante japonés siendo él ruso, es saludada con entusiasmo (47).

Cara al futuro, esta faceta de la ideología pequeño-burguesa de izquierdas —en absoluto privativa del grupo lorquino— había de pro-

---

(43) Núm. 41, 19-XI-1901.

(44) Núm. 34, 12-VI-1902.

(45) Núm. 63, 20-VII-1903.

(46) Núm. 8, 17-XII-1901.

(47) Núm. 48, 20-VII-1904.

curarle no pocas dificultades con el ejército. De ella recibirá el republicanismo su utopismo pacifista, presente en la propia Constitución de 1931, en la que se renuncia explícitamente a la guerra (artículo 6) y en el espíritu que animó a las mal interpretadas reformas de Azaña.

### III. LA CRITICA SOCIAL

Como hemos visto, las cuestiones políticas son analizadas utilizando como plataforma teórica un liberalismo de corte weberiano. Paralelamente, asistimos al atrincheramiento en un idealismo socializante y utópico para, desde él, enfocar los problemas sociales. Constituye una postura ideológica difícil de definir que no nos atrevemos a alinear con los utópicos clásicos —Fourier, Saint-Simon, Cabet, etc. (48)— ni por su contenido ni por su desfase cronológico.

Ya en la editorial-programa se adopta para echar a andar un punto de vista idealista y en absoluto comprometido: «... nunca descenderá nuestra propaganda de la esfera serena de los principios... viviremos en el mundo puro de las ideas, que son inmutables y eternas». El paso siguiente es formular las finalidades del Centro Obrero, sin salirse de esta «esfera de los principios». Según sus dirigentes, el objetivo era «laborar por la redención de las clases pobres y la regeneración de la patria por medio del trabajo, la moralidad y la instrucción». Para lograrlo era preciso acabar con la ineficacia del estado, con los abusos de toda clase y, además, «cerrar tabernas y lupanares, abriendo en su lugar escuelas y fábricas». Este reformismo moralizante, de raigambre regeneracionista, es propio de la mentalidad burguesa, no de la obrera.

Con ello llegamos al núcleo de la cuestión: la actitud ante la «cuestión social». A primera vista, la existencia de críticas espaciadas contra el capitalismo podría hacernos creer en la presencia de similitudes con las ideologías del movimiento obrero. En realidad, las críticas son inconcretas y poco incisivas, quedándose de nuevo en el terreno de los principios y de las expresiones altisonantes como «capitalismo sin entrañas», o «látigo capitalista, más bárbaro que la gleba feudal y más intolerante que la argolla absolutista» (50). Pero jamás se llega a un análisis serio y en profundidad del sistema capitalista, ni se traza un frente coherente de lucha contra él, tal y como se intenta contra la oligarquía de partidos.

(48) MALUQUER DE MOTES, JORDI, *El socialismo en España, 1833-1868*, Barcelona, Grijalbo, 1976.

(49) «Humanidad Nueva», núm. 66, 22-I-1903.

(50) Núm. 41, 24-IX-1901.

El mundo de ideas en que se mueven es vago y poco preciso, incardinado en lo sentimental más que en lo racional. El sentido real que tiene para ellos el término socialismo se perfila aplicando al texto el método de análisis de enunciados. Para ello es preciso simplificar la estructura de las frases en las que aparece susodicho término, dejándolas reducidas al sintagma verbal y al nominal. El resultado es el siguiente:

<i>El Socialismo es:</i>	{ Doctrina Concepción Ideal Pensamiento Creencia	{ Democrático Esperanzador Moral Pacifista Universal Liberador Amor Caridad Cristiano Progreso
--------------------------	--------------------------------------------------------------	---------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------

Obsérvese la ausencia de calificativos como *nuevo*, *revolucionario*, *transformador*, *obrerista*, etc., con lo que excluye todo planteamiento mínimamente subversivo o de clase. El socialismo aparece calificado como una idea salvadora, *bienhechora* y *de abolengo cristiano*, destinado a la moralización y volcado al terreno de los principios, pero no a la acción inmediata.

En este sentido apunta también la preferencia lexicológica por palabras como «pueblo», «obrero» y «clase trabajadora», en vez de «proletariado». Ello no es casual: desde la I Internacional, susodicho epíteto poseía connotaciones de clase muy precisas. Por ello, el primero de todos estos términos es el más utilizado, observándose una pluralidad de significados, tanto políticos como sociales, que lo convierten en polisémico. Si analizamos la red de relaciones que la palabra *pueblo* tiene en el texto, el fenómeno se verá con claridad:

EQUIVALENCIAS	CALIFICACIONES	OPOSICIONES
— Muchedumbre que agoniza.	— Sufrido.	— Los ricos.
— Obreros.	— Pobre o mísero.	— Los «amos» y «señoritos».
— Clase trabajadora.	— Hambriento.	— Los caciques.
	— Oprimido.	— El Municipio.
	— Trabajador.	— El Ejército.
	— Pasivo.	— La oligarquía.
	— Ignorante.	— El Estado de la Restauración.
	— Degenerado físicamente.	— Mito de Sísifo.
	— Con derecho al trabajo.	
	— Susceptible de redención.	
	— Desgraciado.	
	— Humilde.	
	— Inmenso y anónimo.	
	— Cruz de las faltas ajenas.	

La red de calificaciones como «pobre», «sufrido» o «humilde» apuntan a un contenido Antiguo Régimen, claramente estamental. En cambio, los del tipo «con derecho al trabajo», opuesto a los caciques, a la oligarquía y al Estado de la Restauración, le confieren un contenido político y le señalan la necesidad de enfrentarse a los que se supone son sus enemigos. Por último, ciertos calificativos como «inmenso y anónimo» o equivalencias como «muchedumbre que agoniza» nos indican la transferencia del concepto de pueblo al de masa, ya empleado por Galdós, y específico del mundo contemporáneo desde 1848. En ninguno de los tres casos se emplea dialécticamente, es decir, no hay el menor atisbo de un planteamiento de la lucha de clases. Por el contrario, se da por sentado que los intereses de todo el cuerpo social son idénticos, y que el fin deseable es la «armonía entre el capital y el trabajo».

Las condiciones de vida de este «pueblo» son descritas en un tono de romanticismo lacrimoso que nos recuerda las novelas folletinescas contemporáneas y los pliegos de cordel (51). Todos los tópicos desfilan por sus páginas: niños hambrientos, padres afligidos, jóvenes «honradas que se venden para dar de comer a su familia», ancianos abandonados porque el sorteo de quintas les arrebató el hijo único, etc. Calificativos del tipo de «obreros mártires», «seres huérfanos de todo amparo, sin calor, sin pan», «hogares tristes e inhabitables», salpican los artículos sobre la cuestión social y confieren su fisonomía externa al discurso.

Después de derramar todas sus lágrimas ante estos sufrimientos, los teóricos de «El Obrero» comienzan a meditar en busca de soluciones. Todas ellas habrán de llegar, según ellos, por la vía pacífica de la evolución: las reformas progresivas y la «caridad» entre los hombres tendrán que hacer su obra. Por eso escriben: «el socialismo lo queremos todo amor, todo caridad» (52). Cristo, hace diecinueve siglos, nos dio la fórmula para solucionar el problema de la interrelación humana —«haced con los demás lo que quisierais se hiciese con vosotros»—, pero los hombres lo olvidaron, renaciendo con «los anatemas formidables de Proudhon, y los ensueños niveladores de Saint-Simon o Fourier» (53). Por eso, la auténtica solución es «volver a la verdadera moral cristiana, que es la moral del espíritu moderno. Hay

---

(51) CARO BAROJA, JULIO, *Ensayo sobre la literatura de cordel*, Madrid, 1969; FERRERAS, JUAN, *La novela por entregas, 1840-1900*, Madrid, 1972.

(52) Núm. 13, 16-I-1902.

(53) Núm. 11, 2-II-1902.

que ayudar al pueblo dándole instrucción y apoyo en sus justas aspiraciones, para que desaparezca el estado de paria» (54).

Todo ello supone, como estaba implícito en el análisis de enunciados sobre socialismo, la renuncia a la vía revolucionaria: «no creáis que para fundar esa nueva sociedad hay que destruir la existente con el impulso de una pólvora nueva, cubriendo el mundo de ruinas para edificar sobre ellas un edificio inestable... hay que destruir creando, trabajando constantemente en lo bueno y lo útil, que lo viejo irá muriendo bajo el peso de su propia vejez. La santa evolución, fuente creadora del bien y del progreso, hará la labor y el trabajo ineludibles» (55). Estas afirmaciones reformistas explican la incompreensión ante la desconfianza con que se mira al socialismo en general, y a ellos en particular: «no aspiramos a repartirnos la propiedad individual, ni el capital productor, ni el tesoro ajeno; sólo anhelamos sean respetados nuestros derechos y libertades» (56). Repetidamente afirman que la propiedad es «fundamentalísima y respetada institución del derecho» (57). Una vez más nos encontramos con un planteamiento típicamente burgués, que poco o nada tiene que ver con los planteamientos obreristas.

La fuente más importante de evolución es, como sabemos, la instrucción popular. Tuñón de Lara y todos los historiadores que han analizado las transformaciones ideológicas entre 1868 y 1936 (58) hacen hincapié en el «utopismo educativo» de las burguesías avanzadas, cuyo mejor fruto fue la Institución Libre de Enseñanza, inspiradora a su vez de la labor de Extensión Universitaria y de la política cultural de la II República. Los redactores del «Obrero» repiten una y otra vez, con machacona insistencia, que la redención de los trabajadores sólo tendrá lugar cuando se les eduque por todos los medios. Al «ilustrarse», conocerán sus derechos y deberes, y mejorarán su moral, entendida en la doble vertiente social y ética. De esta manera, el pueblo cooperará al progreso general, «que no es balsa que pueda contenerse con tablachos de ignorancia popular, sino torrente colosal de imposibles diques» (59). El optimismo progresista, en quiebra ya por estas fechas en Europa, se mantiene aún en estos grupos burgueses, convencidos de que «la Humanidad camina y su tendencia es clara como la

---

(54) Núm. 32, 5-VI-1902.

(55) Núm. 11, 2-II-1902.

(56) Núm. 68, 7-II-1903.

(57) Núm. 8, 2-V-1903.

(58) Por ejemplo, todos los que se ocupan de la Institución Libre de Enseñanza: GÓMEZ MOLLEDA, CACHO VIU, ELÍAS DÍAZ, GIL CREMADES, JIMÉNEZ LANDI, IVONNE TURIN, etc.

(59) Núm. 2, 30-IX-1901.

luz de la mañana, tiende a la perfección» (60). De ahí también su fe en la perfectibilidad humana por medio de la educación.

Desde esta plataforma ideológica, es difícil entender los puntos de vista del movimiento obrero y su actuación cotidiana. Nada más esclarecedor que la postura de total condena hacia la huelga general y los piquetes. Respecto a aquélla, es injusta, porque debe limitarse «a los patronos explotadores, no a los amigos de los obreros, con lo que sólo se consigue trocar en odios los sentimientos humanitarios de los buenos» (61). Además, puede inducir al capitalista a retirarse, para no tener sinsabores con la fábrica, y a vivir como rentista, con lo cual los obreros se quedan sin trabajo. Obsérvese el total desconocimiento del concepto de lucha de clases, que era el planteamiento del proletariado e impedía hacer ninguna clase de distingos entre patronos «buenos» y «malos».

En cuanto a los piquetes, son condenados sin apelación, porque «... se quiere restringir la libertad de quien no considera justa u oportuna la huelga, con lo que la clase obrera a veces actúa como dictador» (62). Esta justificación del esquirolo constituye el mejor indicador de la incomprensión del grupo respecto a la mentalidad obrera. ¿Cómo intentaban aplicar los criterios individualistas burgueses a una clase social que actúa en colectivo siempre por que necesita de la cooperación de todos sus miembros para defenderse...? Incluso llegan a afirmar que las huelgas violentas no las organizan los propios obreros, sino «manos ocultas, redentoras de la humanidad, que lo único que quieren es subir a costa de la clase obrera, y son como malas semillas, que corrompen a los buenos trabajadores» (63). Como en ocasiones anteriores, vemos a esta fracción de la burguesía no dominante utilizando un argumento típico de ella, destinado a enmascarar los problemas reales. Se trata de negar ante un conflicto o huelga la existencia de causas de descontento entre los obreros y acusar de los acontecimientos a los agitadores, extranjeros o no, que excitan a las masas. Por eso se previene a los trabajadores, en una conferencia dada en el Centro, de que las predicaciones que en él reciben «no son para extravíar su juicio en utópicas quimeras, llamándoles al camino de la desesperación, como hacen los agitadores, sino para hacerles despertar

---

(60) Núm. 7, 9-XII-1901.

(61) Núm. 3, 7-XI-1901.

(62) Núm. 5, 21-XI-1901.

(63) Núm. 5, 21-XI-1905, y núm. 11, 2-II-1902.

a los nuevos ideales emancipación y de independencia, para hacerles ver sus derechos junto a sus deberes» (64).

Algún ejemplo concreto puede ayudar a entender el significado de esta postura. Así, en agosto de 1904, se publicó la ley de la obligatoriedad del descanso dominical. El periódico, al comentarla, no se muestra partidario de ella, porque el jornalero necesita del jornal diario y por la existencia de oficios que no pueden interrumpir su trabajo (servicio doméstico, panaderos, tiendas de alimentación, barberos, etc.). ¿No hubiera sido más coherente en un grupo que se decía obrerista pedir el descanso pagado? En otro orden de cosas, el Centro interviene como intermediario en una huelga surgida en las minas de azufre lorquinas, porque a los mineros les habían rebajado el jornal. Su mediación se limita a obtener un descuento menor, que es justificado «por las múltiples gabelas y cargas que pesan sobre la industria minera» (65). Estas actuaciones hablan por sí mismas.

#### LA CONDICION OBRERA Y SUS PECULIARIDADES LORQUINAS

Los puntos fuertes de la crítica de «El Obrero» en esta vertiente son la enseñanza, los consumos, las quintas y la sanidad de las clases pobres, por este orden de importancia. Quintas y consumos habían sido el banderín de enganche del progresismo decimonónico de cara a las masas urbanas, y seguían siendo a principios del xx dos realidades altamente impopulares. Tras ellos, con un porcentaje mucho menor de artículos, figuran los alegatos sobre el precio del pan o las «subsistencias», con una carga polémica mucho menor que las cuatro anteriores. Y lo mismo podríamos suscribir del tema de la subida de salarios, abordado en escasas ocasiones y de forma imprecisa.

Ello no obsta para que el enjuiciamiento de episodios concretos de la lucha obrera, acaecidos en España o en el extranjero en estos años, suelen ser bastante acertados. Así, las sucesivas huelgas de Badajoz y Jerez (67), de los ferrocarriles (68), de Reus (69) o de Bilbao (70). En el poco claro asunto de la Mano Negra, se le considera como «una de las muchas argucias de que se valen los explotadores de la clase

(64) Reproducida en el 59, 14-VI-1903.

(65) Núm. 148, 20-VII-1904.

(66) Núm. 71, 7-III-1903.

(67) Núm. 38, 10-VII-1902.

(68) Núm. 39, 17-VII-1902.

(69) Núm. 68, 7-II-1903.

(70) Núm. 106, 31-IX-1903.

obrero» (71); y se pide para los detenidos y capturados justicia y libertad. Otro tanto se demanda para los encarcelados en Montjuich a raíz de los sucesos de Barcelona. En general, los redactores del periódico piensan que la actitud del Gobierno es «altamente represiva», que encarcela sin pruebas, y que las obtiene bajo tortura. También es denigrado porque movía el ejército a liquidar las huelgas o a suplantar a los obreros en sus faenas, con lo que «se les sitia por hambre, cuando el gobierno y el ejército deberían permanecer neutrales en estas contiendas entre el capital y el trabajo» (72).

El movimiento obrero internacional tiene escaso eco en este grupo periférico. Pese a ello, todos los años dedica una editorial a la efemérides del 1 de mayo, glosando su significado. El utopismo irremediable al que hemos aludido repetidamente asoma en consideraciones como las siguientes: «hace años era el día destinado a poner mecha ardiendo a los enconos de clase, ahora es el día consagrado a la esperanza» (73). Es el mismo espíritu de los elogios al pacifismo de Plejanof en Amsterdam.

Tal vez el suceso que encuentra mayor resonancia es la revolución rusa de 1905, saludada entusiásticamente porque supone «el derrumbamiento del despotismo místico-religioso ruso asentado sobre la esclavitud» (74). Con bastante clarividencia, los comentaristas comprenden la trascendencia del hecho revolucionario, condenado de momento al fracaso, pero de indudable porvenir: «la revolución rusa no es la revolución de una nueva clase que harta de suplicar exige, es el prólogo de una era nueva, la aurora sangrienta que debe iluminar el mundo con rasgos de fraternidad y justicia... No es el porvenir de una Monarquía lo que se está ventilando en Rusia, es el porvenir de una sociedad... y no se detendrá en ella, llegará a todos sitios».

Por último, resta por aludir al análisis que realiza el periódico sobre los problemas específicos del proletariado lorquino. En general son bastantes exactos, aunque, como siempre, fallan a la hora de profundizar en sus causas o buscarles soluciones. La observación más aguda es la caracterización de la situación socioeconómica como pre-industrial: este es el sentido que tienen las alusiones al hecho de que en Lorca no hay patronos, sino «amos», o «señoritos»; ni obreros industriales, sino jornaleros agrícolas «aún más desheredados que aqué-

---

(71) Núm. 67, 31-I-1903.

(72) Núm. 88, 27-VI-1903.

(73) Núm. 78, 1-V-1902.

(74) Núm. 175, 28-I-1905, y el artículo «Aurora Roja», de J. DICENTA, en el número 176, de 4-II-1905.

llos» (75) y artesanos. Los males de ambos era, a juicio de los articulistas, la escasa ilustración y la carencia de espíritu de asociación de que adolecían (76). Su única posibilidad de «redención» era acudir a centros donde les educasen y les informasen sobre la formación de montepíos que les ayudasen a escapar de los usureros, o que pudiesen convertirse, en un momento dado, en cajas de resistencia. Por eso aparecerán con cierta frecuencia en las columnas de «El Obrero» invitaciones al trabajador agrícola para que sacudiese la «rutinaria sumisión al amo» y «las cadenas con que los tiene aprisionado el cacique», y acudiese al Centro Obrero.

Estas llamadas encontraron corta respuesta: en 1902 se formaron cuatro nuevos Centros, pero de carácter urbano y artesano. Así, el Centro de Zapateros, el Gremio de Albañiles, la Unión Obrera del Barrio de San Cristóbal (curtidores, tejedores y carpinteros), y la Asociación de Mineros del Azufre. Obsérvese la fisonomía preindustrial de estas asociaciones, más parecidas a gremios de oficios (alguna incluso conserva esta denominación) que a sindicatos modernos. La causa profunda de esta falta de éxito con el trabajador agrícola era, por un lado, el analfabetismo de la mayoría, y, por otra parte, la dispersión en una extensa comarca donde predominaba la población rural sobre la urbana. A ello hay que añadir la ausencia de un planteamiento serio de los problemas que afligían a este sector social, aspecto al que hemos aludido insistentemente. Ello hubiera supuesto la realización de una crítica sobre la estructura de la propiedad en la comarca, lo cual excedía el «techo» ideológico de la publicación. Algún hecho concreto evidencia nuestro aserto: en el verano de 1903 surgió un pequeño conflicto entre espigadores y propietarios, que se negaban a dejarlos pasar a sus fincas con el pretexto de que las estropeaban, pero en realidad para arrendarlas para pastos. El periódico lo comenta como sigue: «sería muy de lamentar que a estos desdichados que arrostran toda clase de trabajos y sufrimientos para adquirir un pan con que alimentar a sus hijos, se les persiguiese para favorecer a unos cuantos comerciantes... bien entendido que es justo que los propietarios que quieren no permitan la entrada en sus fincas» (77).

De toda la gama de problemas del proletariado agrícola, el que más hacía vibrar al equipo de redactores era el paro crónico de los jornaleros. Incluso sacan a relucir, con el fin de denigrarlo, la célebre frase

---

(75) Núm. 1, 24-IX-1901.

(76) Núm. 9, 19-XII-1901.

(77) Núm. 87, 20-VI-1903.

de Fourier: «la sociedad asesina civilmente al individuo cuando le niega trabajo o no se lo facilita». Por eso la serie de artículos que abordan este tema es la menos retórica y más incisiva (78), describiendo con tonos acres lo que suponía para la vida cotidiana de la ciudad la presencia de grupos «macilentos y andrajosos, que vagan en partidas buscando trabajo». Como posible solución solicitan del municipio que pida créditos al Gobierno para el arreglo de caminos vecinales y calles, lo que proporcionará puestos de trabajo.

Tras el problema del paro, el que más preocupaba al «Obrero», dentro del ámbito local, era el de los mineros del azufre, explotados por una compañía franco-española. En los artículos que abordan este tema se exponen las condiciones de trabajo en la mina: horarios prolongados, extenuante esfuerzo físico con su secuela de degeneración fisiológica —«semblantes macilentos, organismos raquíuticos y enfermizos, vejez prematura»—, uso fraudulento por parte de la empresa de vales para comprar alimentos y, sobre todo, trabajo infantil (79). Esto último irritaba de forma especial al grupo lorquino, por lo que tenía de abusivo y porque privaba a los niños «de la instrucción necesaria a su edad». Repetidamente denunciarán, sin conseguir evitarlo, la presencia de criaturas de diez a doce años en las galerías: en enero de 1905 una explosión arrebató la vida de tres de ellos.

Conclusión: los autores de «El Obrero» denunciaban abusos, lamentaban desgracias y proponían reformas, pero retrocedían a la hora de investigar las causas reales de todo ello y no profundizaban lo suficiente en las estructuras socio-económicas. Es decir, estamos ante una crítica no comprometida que se evade por el fácil camino del sentimentalismo o el utopismo, pero que es incapaz de realizar un planteamiento de clase mínimamente próximo al del «obrero», con el que supuestamente se identifican. De ahí nuestra afirmación inicial sobre la mayor identidad de valores con la burguesía dominante que con las clases populares. Es el mismo problema —puesto que los protagonistas proceden de sectores sociales afines al lorquino— que luego afligirá a los partidos republicanos burgueses y a no pocos de sus intelectuales teóricamente «avanzados». Hasta tal punto que parece lícito plantearnos una seria duda sobre la identificación real de la pequeña burguesía de estos años con el izquierdismo, duda que Tierno Galván, como ya hemos apuntado, resuelve de forma negativa.

---

(78) Núm. 28, 1-V-1902.

(79) Núm. 72, 7-III-1903.

## LA MORAL SOCIAL Y LA CUESTION RELIGIOSA

Una de las constantes de la práctica discursiva de «El Obrero» es el afán moralizante a todos los niveles, es decir, tanto en la vertiente social como en la ética. Este empeño había sido —y el hecho es muy conocido— una característica esencial de las burguesías europeas modernas, por lo que Groethuysen consideraba que poseían «el monopolio de los juicios morales». Pero a comienzos del siglo xx susodicho afán había pasado de las capas altas de la burguesía a las medias e inferiores, impregnando sus hábitos, su mentalidad y su estilo de vida.

Existe un intento coherente por parte de los redactores del periódico para dotar de una mínima moral social tanto a la sociedad española como a la lorquina, pues piensan que ambas carecen de ella, e ignoran lo que es el auténtico civismo. De ahí las fuertes andanadas contra la corrupción nacional y municipal y contra el caciquismo y el falseamiento de elecciones, que habían convertido la vida del país en el feudo de unos cuantos.

Respecto a las «clases altas» lorquinas, no proceden de mejor manera: «infringen ordenanzas, introducen especies sujetas a consumos desde sus fincas, consiguen hojas de amillaramiento inferiores a la riqueza que poseen, imponen su valimiento para conseguir la impunidad de los crímenes, mostrándose defensores de la «chulería y el matonismo». Obsérvese que esta enumeración de «vicios» suponen atropellos flagrantes a las normas generales de la comunidad social en la que vivían. El hecho de que el periódico enfoque de esta manera el problema supone cierta modernidad de pensamiento, puesto que la esfera de lo estrictamente ético se ha trasvasado de alguna forma a lo social, lo que no es habitual en la vida española.

A nivel individual, el esfuerzo moralizante se centra en la exigencia de una vida de trabajo, orden y ahorro. Este último se considera «obligatorio, deber ineludible y sagrado... si no quiere verse expuesto a una eventualidad desgraciada... En cuanto al obrero, aunque gane un ínfimo jornal, puede ahorrar si el orden y el acierto presiden sus acciones, pero no si se deja arrastrar por la disipación y el despilfarro... El que tenga un capital debe saber invertirlo en negocios bien meditados, no en especulaciones (81).

Los protagonistas de una vida así organizada, el hombre y la mujer, tienen misiones muy distintas, según «El Obrero», aunque ambos debían poseer el derecho al voto y la igualdad jurídica. Al hombre corres-

(81) Núm. 36, 26-VI-1902.

ponde «el trabajo físico y el progreso intelectual» y a la mujer «el hogar y la familia» (82). De esta forma, aunque se defienda el sufragio femenino, la mujer aparece reducida al marco tradicional del hogar y al recogimiento honesto que constituye la norma esencial de las «señoritas» de la clase media provinciana.

El trabajo y el orden excluyen las tabernas, los antros de juego, y todo lo que pueda ofender las buenas costumbres, en cuya defensa asoma algún ribete de hipocresía. Por ejemplo, cuando se echan las campanas al vuelo en el periódico por el emplazamiento demasiado visible de las casas de prostitución y por la poca discreción de sus pupilas (83). No se ataca la prostitución como tal, sino su publicidad ostentosa, porque «lo que en todas partes anda atado y corto, aquí campa suelto y sin trabas». No se trata, pues, de prohibirla, sino de esconderla.

Evidentemente, ciertos sectores de las clases superiores no se ajustan a estos patrones de vida, por lo que son objeto en numerosas ocasiones de críticas muy duras. Unas veces por su ociosidad: «no trabajan, ni discurren, ni se esfuerzan» (84), ni destinan su dinero a inversiones productivas. Otras, por disipar sus caudales, «corromper al pobre, en juergas y bacanales». De ahí la opinión maniquea entre el patrono «bueno» que se esfuerza, crea trabajo y paga el salario justo, y el «malo», que gasta su dinero sin provecho y oprime al trabajador.

Esta obsesión moralizante no va unida en absoluto a un sentido clásico de lo religioso. Por el contrario, el grupo lorquino considera incompatible el fanatismo religioso con la auténtica moral. Hay textos tan significativos como el siguiente: «menos catecismo, menos tabernas y fanatismo, más escuelas... con ello se logrará la moralidad de costumbres. Con verdadera moral pero sin fanatismos sectarios es como disminuye la estadística criminal y nos aproximamos a la moral cristiana en su verdadera pureza» (85).

Lo que más llama la atención es la disociación entre «fanatismo sectario» y «verdadera moral cristiana». Ello se debe a que, para los redactores de «El Obrero», el cristianismo es una doctrina sublime, pero ha sido deformado por la Iglesia y la sociedad, que han falseado la figura de Cristo (86): «... sociedad hipócrita que conmemora el nacimiento de J. C. y desoye sus máximas... sociedad indigna, ya que El

---

(82) Núm. 3, 7-XI-1901.

(83) Núm. 100, 19-VII-1903.

(84) Núm. 35, 19-VI-1902.

(85) Núm. 5, 21-XI-1901.

(86) Núm. 2, 31-IX-1901; núm. 10, 26-XII-1901; núm. 114, 27-XII-1903.

luchó a favor del pobre y desvalido y ella lo abandona, convirtiendo la caridad en una palabra vacía y abandonándose a la inmoralidad, la concupiscencia y el vicio. Colocan el dios oro al lado de un Dios que amó la pobreza». Y la Iglesia no ha hecho nada por evitar susodicha deformación.

Esta es la justificación empleada para abandonarse a un anticlericalismo obsesivo: se oponen a la reconstrucción de la torre del Convento de San Francisco, arguyendo el mal estado de los barrios pobres de la ciudad (87); califican a los conventos de «casas donde se albergan los que tienen horror al trabajo y no quieren luchar por la vida» (88); consideran que las misiones ponen a Lorca al nivel de Mozambique y el Sudán, «debido a la oratoria montaraz de los hermanos redentoristas, ignorantes que nos traen una odiosa ráfaga de la Edad Medio... con sus vozarrones y arranques, nada tienen que ver con la dulzura evangélica» (89), etc. Podríamos seguir enumerando ejemplos, pero como muestra ya es bastante.

¿Cuál es la auténtica raíz de este anticlericalismo tan arraigado en grandes sectores de la pequeña burguesía española? Hoy parece claro que establecían una relación de causa a efecto entre el atraso natural del país y la influencia de la Iglesia, lo cual era grave para grupos tan sensibles a los problemas educativos. Este es el planteamiento del grupo lorquino, para el cual la única solución sería la enseñanza laica, realizada por el Estado y alejada de la Iglesia: «la secularización de la vida exige el laicismo en la escuela. Hay que huir de todo lo que pueda dividir al hombre, iglesia o partido. El laicismo no es impiedad (se habla de Dios a los niños), sino imparcialidad y veneración a la inviolabilidad de la conciencia individual. Todo el mundo culto está a su favor: en España no porque la Iglesia lo impide y ha arrancado al estado débil disposiciones para la enseñanza de la religión en institutos y escuelas» (90).

Estamos en presencia de otro bloque de conceptos que los grupos pequeño-burgueses más avanzados traspasan al republicanismo, al incardinarse en él, como sucede con el utopismo educativo, el anticlericalismo y el reformismo social poco coherente. El grupo lorquino tiene valor modélico porque en él aparece esta constelación de ideas en su

---

(87) Núm. 5, 21-XI-1901.

(88) Núm. 24, 3-IV-1902.

(89) Núm. 103, 2-IV-1905.

(90) Núm. 14, 23-I-1902.

totalidad, y porque se inserta sin vacilaciones en el partido republicano desde 1905: incluso su periódico pasa el relevo a «La Tarde», de inspiración también republicana, como ya dijimos. Todo ello justifica nuestro análisis de este «caso» concreto de la evolución ideológica general.